

Golpe de gracia a las vanguardias

■ William Navarrete/ Especial/El Nuevo Herald

Casi un siglo después de que Guillaume Apollinaire expresara su deseo de que el Louvre acogiera algunas obras maestras "exóticas" cuyo aspecto le conmocionaban tanto como el de los mejores especímenes de la estatuaría occidental, se ha cumplido el viejo sueño del célebre esteta del cubismo. Lejos estaba Apollinaire de pensar que tal concesión se convertiría en nuestra época en una condescendencia de doble filo por parte del arte clásico hacia la modernidad.

El Museo del Louvre, fundado en 1793 en pleno apogeo revolucionario, ha sido durante dos siglos la vitrina del arte europeo y sus fuentes: Asiria, Mesopotamia, Persia, Egipto... A lo largo de todo este tiempo un criterio estrictamente eurocentrista guió el trabajo de los conservadores que han trabajado en lo que puede considerarse hoy día, después de múltiples ampliaciones, como el mayor museo del mundo.

El Louvre, incesantemente engrandecido, inaugura el siglo XXI con un proyecto que ha aterrorizado a los

más conservadores en el sector de la museografía y sorprendido a los más escépticos: la exhibición permanente de piezas pertenecientes a culturas "primitivas" provenientes de los restantes cuatro continentes, junto a las obras maestras del arte occidental. Incluso se ha pretendido corregir la denominación usual de artes primitivas con el concepto de artes primigenias. Ha sido ésta la voluntad del presidente Jacques Chirac quien ya, en 1994, había asombrado a los parisinos, en sus tiempos de alcalde de la ciudad, con la gran muestra El arte de los taínos, expuesta en las galerías nacionales del Grand Palais.

Al apasionado coleccionista y estudioso de las artes primitivas, Jacques Kercheche, Chirac encargó entonces (como ahora) la dirección de la exposición con la cual deseaba "rendir justicia y homenaje a las civilizaciones de las Antillas Mayores, desconocidas de nuestro llamado Viejo Mundo, después de haber sido aniquiladas". Para aquella ocasión se solicitaron préstamos a los museos de Puerto Rico, Santo Domingo, Jamaica y



■ Escultura Maya, del periodo Clásico, de México.



■ Trigonolito, de origen taíno, de la isla de Puerto Rico.

Cuba, islas del último asentamiento taíno anterior a la conquista española, así como a museos arqueológicos de otros países.

Entre las obras mostradas pudieron apreciarse platos antropomórficos del Museo de la Universidad de Puerto Rico, espátulas vomitivas de la fundación dominicana García Arévalo y el estilizado cerní-urna funeraria del museo Montané de la Universidad de La Habana, entre otras.

Entre las piezas provenientes del Caribe precolombino se destacan un duho (silla ceremonial) de Santo Domingo, dos cerníes de Puerto Rico y dos estatuas mayas de la isla de Jaina, en las costas de Campeche.

Con el Pabellón de las Sesiones y su inesperada colección, el Louvre inaugura una antesala de prestigio del futuro Museo del Hombre, de las Artes y las Civilizaciones, que para el 2004 abrirá sus puertas a orillas del Sena, frente al muelle de Branly. La disposición de obras pertenecientes a

lo que han llamado artes "primigenias" en un museo como el Louvre apunta más hacia un criterio cronológico que estético. Sin embargo, los incondicionales de los rimeros ismos de la vanguardia, de Guaguin en la Polinesia Francesa, de Picasso en Las señoritas de Aviñón, de Dubuffet, Matisse o aun de sus seguidores, Henry Moore y Miró, se quedarán perplejos y no tardarán en reclamar las obras excepcionales de estos pueblos llamados, hasta hace poco, primitivos, como preámbulo de sus artistas de preferencia. Incluso podrán argumentar en su favor que el arte clásico y sus antecedentes significaron una larga ruptura con la estética que anunciaban las artes "primigenias" exhibidas hoy en el Louvre. Son trampas que tiende la museología, sutiles interpretaciones modernas de la estética. Con el Louvre anclando sus cimientos en el arte primitivo no europeo tal parecerá que las primeras vanguardias del siglo XX surgieron de la nada.